



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II 21 de setiembre de 1889 Núm. 99



El loro



UN RATO DE CHARLA

Yo charlo, tú charlas, aquel charla, nosotros charlamos, vosotros charláis, aquellos charlan.

¡Qué charlamentar por todas partes! Y entretanto la capa no parece, y la gente emigra, y se viene encima el diluvio.

Los pobres labradores, escarmentados con los *meetingueos* de costumbre, prefieren, no digamos liar los bártulos, porque no los tienen; pero si abandonar la tierra natal, desengañados de que puedan tener remedio sus desdichas. Y dejan sus pobres heredades, sus miserables tugurios y sus demacradas caballerías entre las garras del Fisco.

Los hombres de Estado en agraz que aspiran á salvar la agricultura, pronuncian en el interin discretísimos discursos y presentan laudabilísimos programas, en vez de formar tres ó cuatro mil *Montepíos* para asistir á los hambrientos labradores y hacer que no deban mantenerse de cardos cocidos. Piensan los tales que pidiendo concesiones al Gobierno habrá de bajarles el maná, y que con llevar diputados á las Cortes lo alcanzarán algo.

¡Como si fuera tan fácil llevar diputados á las Cortes y hacer que las Cortes escuchen á quien no hace gorgoritos!

Desengáñense los labradores: sólo les queda un remedio, que les diré en latín para mayor claridad:

Una salus victis: nullam sperare salutem.

La cual en romance resulta lo siguiente: «No esperes salvación sino en no esperarla.»

Dicho esto, reconozcamos que si los labradores no se curan no será por falta de curanderos. No sé qué diputados (elocuentísimos como unos sinsontes, por supuesto) van á publicar ahora un *Manifiesto* que contendrá la terapéutica de todos nuestros males. Ciertó que corren peligro



El
retrato de papá

de que nadie lea sus magníficos párrafos, escritos en el más puro estilo parlamentario; pero lo cierto es que quedará como un admirable *documento*, «tan notable por la galanura de su forma como por lo contundente de su vigorosa argumentación,» según suelen decir en tal caso los periódicos.

Yo lo leeré, sin embargo, cuando mi Menegilda me lo traiga de la tienda como envoltorio de una libra de garbanzos.

Mi vecino, D. Simplicio, vocal de no sé qué comité de no recuerdo qué disidencia de qué fracción de qué partido, se empeñó, sin embargo, la otra tarde, en que la culpa la tenía yo, que no he reclamado mi inclusión en las listas de no sé qué elecciones que, según parece, han de *hacerse*. Por de pronto me sulfuré, y aun me dieron tentaciones de enviarle dos *padrinos* exigiéndole una satisfacción; pero en seguida se me pasó el enojo y le di las más leales explicaciones, convencido de que tal salida de pavana era digna de su *simplicidad*. ¡Yo votar! Antes me darán garrote vil.

No se han convencido todavía esos infelices de que á pesar del vapor, del fonógrafo y de los cuellos impermeables la humanidad camina á paso de tortuga, y que doscientos años no representan nada en la marcha de los tiempos. No se han convencido aún de que la España de 1889 es, á corta diferencia, politicuchamente hablando, la misma que describía don Francisco de Quevedo en tiempo de Olivares con el título de la *Isla de los Monopantos*, esto es, de unos cuantos que lo son todo y lo manejan todo. Como si dijéramos la *Isla de los caciques*.

No seamos, pues, inocentones. Allá ellos, y, entretanto, el que pueda que se largue, y el que no pueda que se fastidie.

Vale más mirar las cosas tal como verdaderamente son que no fiar en palabras de aspirantes á Monopantos.

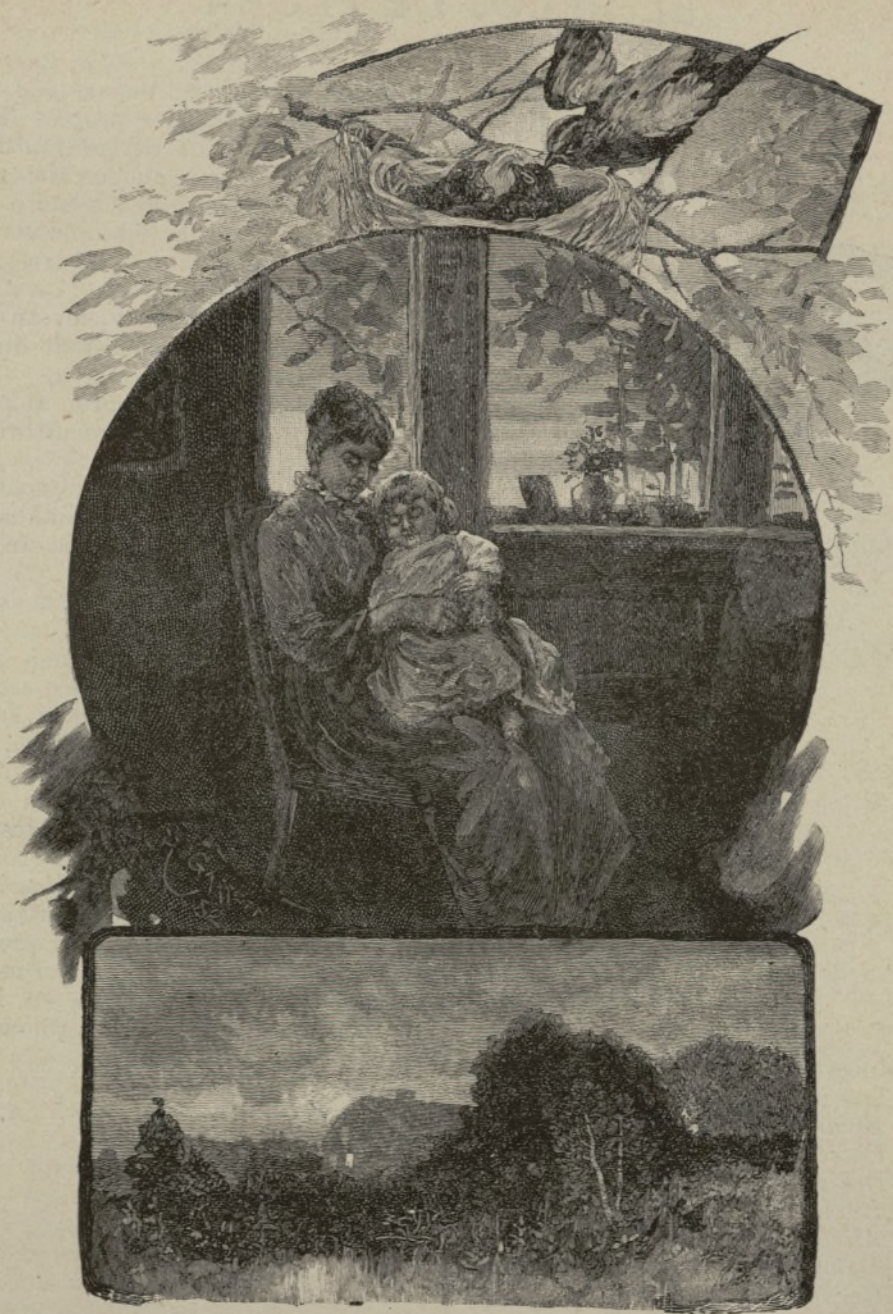
Esta es la verdadera regla del cristiano, el cual no ha de esperar que en esta esferoide que habitamos se realicen los goces del paraíso, dejando esto para otra vida mejor. Encomendémonos, pues, á Dios en nuestras tribulaciones por consecuencia de los tratados de comercio y exorbitante importe de las contribuciones y la falta de protección á la agricultura, á la industria, á la farmacia y al teatro, y esperemos en la gloria el pago de nuestras infelicidades terráneas, sin perjuicio de embarcarnos para la Patagonia ó buscar una colocación en alguna factoría de Guinea.

Así ganaremos, cuando menos, el evitarnos que nos vengan con discursos, con manifiestos, meetingues, y demás música celestial.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO





La hora de reposo

EL RELOJ DE FLORA

Las flores no abren sus pétalos en condiciones indeterminadas, sino que obedecen, al producir ese movimiento, á las condiciones propias de la vida de la planta unas veces, al estado higrométrico de la atmósfera otras, y en general á una multitud de circunstancias que pueden determinarse de una manera fija. El gran Linneo estudió con detenimiento sumo el fenómeno de la floración de las plantas, dividiéndolas, en su consecuencia, en tres grupos clasificados del modo siguiente:



Las botitas nuevas

1.º *Flores meteóricas*, que se abren y cierran más tarde ó más temprano, según el estado higrométrico de la atmósfera.

2.º *Flores tropicales*, que se abren al principio el día y se cierran al ocultarse el sol; y

3.º *Flores equinocciales*, que se abren y cierran en una hora determinada del día, variable para cada planta de este grupo.

El acto de abrirse los pétalos es tan preciso y se verifica con tal acuerdo, siempre á hora fija, que Linneo pudo formar con veinticuatro flores, escogidas con paciencia é inteligencia suma, lo que se llama el *Reloj de Flora*, esto es, una serie de plantas cuyas flores marquen con exactitud sin igual en el momento en que abren sus pétalos, las horas del día y de la noche.

A continuación escribimos los nombres de estas veinticuatro plantas que tanta celebridad alcanzaron y que casi confirman la opinión de que, por mucha prisa que se dé el hombre en idear algo, ya la Naturaleza le ha tomado la

delantera, siendo este reloj natural una prueba de ello.

Las plantas y las horas que señalan son las siguientes:

Escarchosa glacial.—Mediodía.

Clavel prolifero.—La una de la tarde.

Oreja de ratón.—Las dos.

Leondotom.—Las tres.

Alisia alisóidea.—Las cuatro.

Dondiego de noche.—Las cinco.

Geráneo triste.—Las seis.

Adormidera de tallo desnuda.—Las siete.

Campanilla recta.—Las ocho.

Campanilla lineal.—Las nueve.

Hipouré purpúrea.—Las diez.

Silena (flor de noche).—Las once.

Cacto de grandes flores.—Media noche.

Lacerón de Laponia.—La una de la madrugada.

Escorzonera amarilla.—Las dos.

Gran decrída.—Las tres.

Cripide de los techos.—Las cuatro.

Esmeracalle leonada.—Las cinco.

Oreja de ratón fructicosa.—Las seis.

Laitrón.—Las siete.

Pelosilla.—Las ocho.

Anagálida encarnada.—Las nueve.

Caléndula de los campos.—Las diez.

Ornitógalo (dama de noche).—Las once.

Existen otras flores, entre las que se abren á hora fija, que una vez cerradas ya no se vuelven á abrir de nuevo, siendo ejemplo de ello las *queturias*; pero otras, entre las que se hallan las *compuestas*, se abren de nuevo al día siguiente.

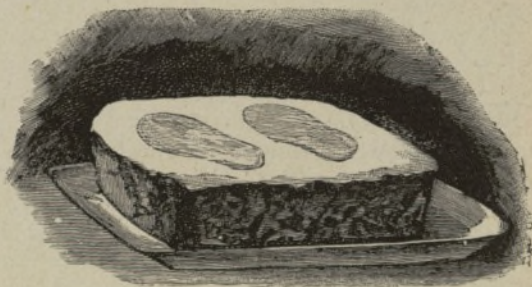
Hay gran número de flores que sólo pueden admirarse durante la noche, siendo una de las más notables el *Sirio de las grandes flores* (*cactus grandiflorum*), originaria de Jamaica y del Japón. Esta flor es preciosa, tiene 2 centímetros de anchura y esparce un olor delicioso á la puesta del sol, durando solamente algunas horas, pues antes de

la aurora se marchita, cerrándose para no abrirse más. Sin embargo, es muy frecuente que al cabo de veinticuatro horas una nueva flor sustituya á la que sucumbió el día antes, durando esta serie muchos días consecutivos.

Además se pueden citar, entre las plantas que no se abren más que por la noche, el *jazmín de la Arabia*, la *onagra*, las *liquis*, las *silenas*, las *espadañas* y otras varias que sería prolijo enumerar. La *caléndula de Africa*, además de tener como carácter especial el de que su flor se abre á las siete, ofrece la singularidad de señalar el tiempo probable: si la flor continúa abierta hasta las cuatro, el tiempo será seco; pero si se alteran las horas en que se abre ó cierra, es casi seguro que lloverá el mismo día. Una circunstancia análoga presenta el *laitrón de Siberia*, que queda abierto toda la noche si al día siguiente ha de reinar buen tiempo.

Las flores de *ninfea* se cierran y se hunden en el agua á la puesta del sol, saliendo al exterior para hundirse de nuevo á la madrugada siguiente. Plinio había observado ya este movimiento en diversas plantas, pues afirma haber oído referir que en el Eufrates la flor del *loto* se sumergía tan profundamente en el agua que apenas se la podía alcanzar con la mano, permaneciendo hasta las doce en esta situación, hora en que empezaba á remontarse de nuevo, saliendo á la superficie al mismo tiempo que el sol aparecía en el horizonte, irguiéndose á medida que se elevaba el astro del día.

Muchas otras plantas pudieran citarse cuyos movimientos guardan relación con los períodos del día; pero las citadas bastan para acreditar la importancia del *Reloj de Flora*.



Las botitas nuevas

JACINTO



CAÑAMONES

(Á MI QUERIDO AMIGO P. F. DOLE)

LAMÁBASE así el protagonista de esta historia, y era un gallardo verderrón que habitaba en hermosa jaula de alambre dorado colocada en el balcón de una casa de muy buena apariencia.

Cañamones pertenecía á una hija de los señores de la casa, y, aunque su pequeña dueña le amaba tiernamente y le daba azúcar, bizcochos y otras golosinas, nuestro héroe, ingrato como todos los pájaros, únicamente pensaba en huir de lo que él denominaba su prisión.

Con objeto de adquirir noticias para poder verificar su fuga, convocaba á los gorriones que vagaban por el tejado, los cuales acudían presurosos al llamamiento, seguros de atrapar algún cañamón, y les preguntaba qué vida hacían, y sobre todo qué medios debía emplear para huir al campo.

Los gorriones, que son unos pillos de marca mayor, con muy raras excepciones, y que le tenían una envidia fenomenal por el buen trato que recibía, le pintaban con vivísimos colores el porvenir que le aguardaba si conseguía fugarse é ir á vivir con ellos.

Estaba un día *Cañamones* absorto en sus pensamientos, cuando un viejo gorrión, que le miraba desde el alero del tejado, vino á posarse sobre la jaula diciéndole:

—Buenos días, *Cañamones*. ¿Tan distraído estás que no ves á los amigos?

—Buenos días, *Alpiste*. Estaba muy preocupado,—respondió el verderrón levantando la cabeza.

—¿Será verdad lo que me han dicho, que piensas fugarte?

—En efecto, no te han engañado.

—Pero ¿estás loco? ¿Sabes los peligros á que te vas á exponer? ¿Dónde vas á ir? Vaya, vaya, no hagas tonterías.

—Te engañas: estoy decidido, y creo que no tendré que arrepentirme después que me haya reunido con tus compañeros, que, según me han dicho, pasan una vida deliciosa, y también...

—¿Mis compañeros? Vamos, tú has perdido el juicio. Y ¿de qué vida deliciosa me hablas? Estar expuesto á ser devorado por algún gato ó recibir una perdigonada. ¡Vaya unas delicias! ¿No ves, tonto, que lo que quieren es perderte, porque te tienen envidia? Voy á contarte mi historia; y si cuando haya acabado y hayas oído los peligros á que he estado expuesto, no has renunciado á tu proyecto, también te digo que eres duro de pelar. Desde muy joven perdí á mi familia: toda ha perecido en la monstruosa sartén de los caribes que te tienen preso. Estaba yo un día posado en el alero de un

tejado, mirando á los transeúntes, cuando oigo ruido detrás de mí, me vuelvo y me encuentro á tres pasos de distancia de un terrible gatazo negro. Ya me consideraba devorado, cuando hé aquí que mi enemigo resbala al saltar, y... ¡cataplum! se va de cabeza á la calle, donde tuve el gusto de verlo hecho una tortilla. Otro día me pegaron una perdigonada, de la cual pude escapar sin más que esta herida de la pierna, de que aun tengo señal, según puedes ver.



La cabra inteligente

También me han ocurrido otras mil aventuras, pero sería el cuento de nunca acabar el referirlas. Y ahora que te he contado mi historia, ¿todavía piensas en huir?

Cañamones había escuchado este relato con impaciencia y hasta incredulidad; y cuando *Alpiste* terminó, le *pió* con brutalidad:

—Es inútil: nada conseguirás con querer disuadirme, sino afirmarme más y más en mi resolución. Eres un egoísta, y no me gustan los amigos como tú, que sólo desean el mal del prójimo.

—¿Eso dices de mí?—exclamó indignado el gorrión.—Está bien. Adiós, ingrato: acuérdate de que tenías un amigo y despreciaste sus consejos.

Y, diciendo esto, se echó á volar y se perdió á poco rato en el azul del cielo.

Cañamones, en el fondo, no era malo, y cuando vió partir á su amigo, una voz interior le dijo que había hecho mal; pero ya era tarde para arrepentirse, y así es que se decidió á huir cuando le echaran la comida.

A poco rato de tomar el pájaro esta resolución, se abrió la ventana, y la niña apareció para limpiar la jaula y arreglar los comederos. Como de costumbre, metió dentro del cuarto á su protegido; pero en el momento en que abría la puerta de la jaula para sacar el comedero, *Cañamones*, fiel á su propósito, se escurrió por debajo, y, hallando el balcón abierto, no paró hasta el tejado de enfrente; pero no reparó en un gato que al verle venir se escabulló entre las tejas.

Entretanto la niña fué, desolada y llorando, á comunicar la triste nueva á su mamá, la cual acudió y vió al desgraciado pájaro cantando á *pío* en cuello sobre una teja.

A todo esto, el gato que hemos visto en el tejado se había ido acercando poco á poco á *Cañamones*, hasta que, cuando estuvo á corta distancia, de un salto se precipitó sobre el distraído, y en un momento le devoró, no dejando más que algunas plumas sangrientas y alejándose muy satisfecho de la caza.

—Ahí tienes,—dijo la mamá á la niña, que había presenciado el drama,—el triste fin que alcanzan los ingratos, hija mía. ¡No imites nunca á *Cañamones*!

JOSÉ MAS Y DEL RIBERO



LOS CUENTOS DE LA ABUELA

(Conclusión)

III

La abuelita había terminado el primer cuento, que los niños habían escuchado con mucho gusto. Sin embargo, Julia había quedado pensativa, lo cual había sido notado por su abuela.

—¿No sabe V. otro?—preguntó Luis.

—Sé otro que si queréis os contaré en seguida.

—Contadlo, contadlo,—dijo Julia.

Dicho esto, la narración del segundo cuento la comenzó la abuelita en los términos siguientes:

UNA NOCHE EN LA OSCURIDAD

(CUENTO FANTÁSTICO)

Era un niño muy guapo que se llamaba Enrique. Tenía doce años y todavía no sabía leer, por lo que su papá le reprendía muchas veces diciéndole:

—Mira que algún día vas á encontrarte con un castigo que no ha de saberte muy bueno.

Pero Enrique oía estas amenazas como quien oye llover, y cada vez era menos su afición al estudio y al trabajo. Cierta día salió de su casa con intención de ir á clase; pero hacía una mañana tan buena que Enrique tenía muchas más ganas de irse de paseo que no de entrar á ver la gruñona cara de su maestro.

Llegó á la plaza donde se halla situado el colegio, y se encontró á sus compañeros que estaban hablando de un asunto que Enrique aprobó en seguida.

—¿No os parece,—dijo el mayor de todos ellos,—que nos debíamos ir á jugar á los bosques que hay cerca del río? Pasaríamos un buen rato, y, sobre todo, nos divertiríamos mucho más que en clase...

—Apruebo tu idea,—dijo Enrique;—y si todos fueran de mi opinión, ya estaríamos andando.

—Yo acepto vuestro plan,—dijo uno que acababa de interponerse en el diálogo.

—Y yo,—dijeron los demás.

—Pues andando.

Y todos, formando un grupo, desfilaron por una calle estrecha y tortuosa, y se dirigieron á los bosques donde habían dispuesto ir. Aligeraron un poco el paso y pronto se encontraron en el lugar apetecido, muy hermoso por cierto. Tomaron asiento sin mirar unas florecillas que había á su lado y que rompieron con su peso. Sacaron una baraja, de la que iban provistos, y empezaron á jugar, ignoro á qué. Enrique fué perdiendo poco á poco un real que le había quitado á su madre. Ya no tenía esperanza alguna de ganar, hasta que, haciendo una buena jugada, ¡zas! se apoderó de dos reales que perdieron sus compañeros; pero ¡zas! en aquel mismo instante su cuello se



Los dogos

vió oprimido por una potente mano, y al mismo tiempo oyó que le decían:
—Granuja, vamos á casa.

Enrique volvió la cara, y cuál no fué su asombro al encontrarse delante de su papá, que, cogiéndole de una oreja, lo llevaba á su vivienda, diciéndole por el camino:

—Ahora recibirás un castigo que estoy seguro que te corregirá.



Los dogos

Por fin llegaron á casa, subieron las escaleras, y antes de que Enrique se apercibiera que estaba ya en su habitación, se encontró encerrado en un cuarto oscuro ¡muy oscuro!

¡Horror! No podía haber mayor castigo para Enrique, que era miedoso cual ninguno. ¡Qué miedo! Apenas se encontró solo, se ocultó en un rincón, se acurrucó y trató de dormirse para olvidar el lugar en que se hallaba. Cerró los ojos, pero el miedo mismo le obligó á que los abriese. Miró, y no vió más que mucha oscuridad. Apenas un pequeño rayo de luz entraba por ninguna parte de su prisión. Cerró de nuevo los ojos, y logró quedarse dormido.

Pero un ruido le hizo despertar, y entonces ¡horror! se encontró en medio de una multitud de esqueletos, calaveras, fantasmas, diablos, murciélagos y pájaros raros que infundían un miedo terrible.

Los esqueletos lo agarraban de los brazos y lo arrastraban por el suelo,

mientras que las calaveras amenazaban al miedoso con gestos raros, abriendo y cerrando la boca y haciendo rechinar sus dientes. Los fantasmas lo rodearon y ayudaban á los esqueletos á maltratar al niño. Los diablos sacaban terribles navajas y cortaban los vestidos de Enrique, que se llegó á encontrar casi desnudo. Los murciélagos revoloteaban en torno de él, rozando sus alas por la cara blanca y suave del miedoso, y los pájaros raros abrían sus desmesurados ojos, mientras repetían su fúnebre canto.

—¡Dejadme!—decía el pobre niño.—¡Mirar que voy á gritar y entrará mi mamá á pegaros con una escoba!

Pero estas amenazas no les espantaban, sino que, por el contrario, se reían y volvían á repetir sus pesadas bromas.

En aquel momento un rayo de luz cada vez más intenso hirió los ojos del desdichado, escuchando al mismo tiempo la voz de su mamá que le decía:

—Vamos, sal fuera, y á ver si otra vez eres bueno.

**

Enrique, entonces, pudo ver la luz del día. Se miró á un espejo y vió que ni tenía los vestidos rotos ni clase alguna de herida en la cara.

—¡Ah!—dijo.—Ahora comprendo que el tener miedo es una tontería, y que todo lo que yo he tenido no ha sido más que una pura pesadilla y un castigo de Dios. Me servirá, pues, de ejemplo para no volver á ser malo.

Y así fué. Enrique desde aquel día se corrigió y fué bueno, sin acordarse ya de sus malos compañeros. Recuerdo que un día, cuando pasó por delante de ellos, murmuró para sí:

—Seguid por ese camino y veréis dónde os conducen vuestros vicios.

IV

La abuelita había terminado de contar el segundo y último cuento.

Los dos niños quedaron muy satisfechos, pero pensativos. Su mamá comprendió que la medicina había hecho efecto y mandó á los niños que se fueran á jugar.

Cuando se encontraron solos, Luis dijo á Julia:

—Hermana: he comprendido que nuestra abuelita nos ha contado estos cuentos para que nos sirvieran de ejemplo y nos corrigiéramos.

—Y lo ha conseguido,—dijo Julia,—porque yo desde hoy seré obediente: no quiero que me suceda como á la condesita.

—Ni yo como á Enrique,—dijo Luis.

La mamá, que había escuchado este diálogo, entró con la abuelita y dieron un beso á los niños, que fueron desde entonces buenos y dóciles.

ALBERTO CASAÑAL

- NUESTROS GRABADOS -

EL LORO

A Emilio le gustaba mucho pasear en el coche del tranvía, y su mamá le llevaba siempre cuando le era preciso recorrer una larga distancia.

Una tarde, cuando iban en el coche, resonó el silbido, que era la señal de que algún viajero deseaba bajar. El cochero se detuvo, mirando á su alrededor para ver quién se apeaba; pero nadie se movió.

—¿Para qué avisas?—gritó el conductor.

—Yo no he avisado,—contestó el otro.

El coche prosiguió su marcha; pero á los pocos momentos resonó de nuevo el silbido, y otra vez se detuvieron los caballos; mas nadie bajó.

—¡No me hagas detenerme otra vez cuando no ha de bajar nadie!—gritó el cochero con enojo.

—Yo no he dado la señal,—contestó el conductor.

—Pues alguien lo ha hecho.

—No sé quién pueda ser.

El coche se puso en movimiento, mas á los cinco minutos oyóse un tercer silbido.

Todos los pasajeros, que observaban al conductor, aseguraron que él no había avisado; y cuando ya se iba á entablar una discusión, vióse que una señora llevaba debajo del asiento una jaula con un loro, el cual imitaba tan bien el silbido del conductor que no se reconocía la diferencia.

EL RETRATO DE PAPÁ

El bueno de D. Blas era un hombre muy raro. Sus hijas tenían empeño en que se retragara, y nunca había querido complacerlas, so pretexto de que sería una molestia para él. Pero cierta noche, hallándose reunida toda la familia, la hija mayor, que dibujaba bastante bien, cogió un cartón é hizo el retrato de su papá antes de que éste se apercibiera de ello. A decir verdad, no favorecía mucho al original; pero las niñas, bien ó mal, tuvieron lo que deseaban.

LA HORA DE REPOSO

—Duerme, niño, duerme, que ya las avecillas se han retirado á sus nidos, y tú también debes entregarte al reposo.

Así diciendo, la madre cariñosa coloca al niño en su cuna y arrúllale suavemente, hasta que al fin sus ojos se cierran y queda sumido en profundo sueño.

Después la madre eleva una oración al cielo, pidiendo al Señor que permita á sus ángeles velar el sueño de su querido hijo.

LAS BOTITAS NUEVAS

El papá de Alberto regaló á éste unas botitas nuevas, y el niño estaba tan orgulloso con ellas que no hacía más que mirárselas á cada momento.

Al día siguiente su mamá quiso hacer una torta grande para los postres, y, después de confeccionar la pasta, dejóla en el suelo para cocerla más tarde en el horno. No era el sitio más á propósito; pero como tenía la mesa ocupada, dejóla allí provisionalmente.

Apenas hubo salido de la cocina, entró Alberto, y, mirando siempre sus botitas, no vió la pasta; y plantó los pies encima.

Al mismo instante entró su mamá; mas, en vez de reñirle, soltó la carcajada, y las señales de los pies del niño no impidieron que se utilizase la pasta.

LA CABRA INTELIGENTE

Cierto día, al cruzar la vía férrea de un lado á otro, salióme al encuentro una cabra, produciendo un balido lastimero, como en demanda de auxilio. Quise pasar adelante sin hacer aprecio, pero el animal se interpuso, y entonces detúveme para ver qué significaba aquello. Entonces observé que del cuello de la cabra pendía una cadena, la cual se había enganchado en un rail, de modo que el animal no podía desenredarse. Un ligero esfuerzo me bastó para soltarla, y la pobre cabra, mirándome cariñosamente como para darme gracias, corrió á su pasto, que estaba allí cerca. Pocos momentos después oyóse el silbido de la locomotora y pasó un tren, que seguramente habría destrozado á la cabra á no ser por mi oportuno auxilio.

Si atendiéramos siempre á los gritos de los animales que están apurados, podríamos hacer mucho bien.

LOS DOGOS

El tío Jorge, muy aficionado á cazar, iba todos los días al bosque con sus perros, y en el camino pasaban por delante de la escuela del pueblo, donde muchas veces veían á la puerta á los chicos y deteníanse con frecuencia para jugar un rato con ellos.

Cierto día su amo se detuvo para hablar con el maestro, y los animales, no viendo ningún niño, introdujéronse en la escuela, donde algunos de aquéllos, atemorizados al ver los dogos, comenzaron á gritar, produciéndose tal estrépito que el maestro entró presuroso creyendo que había ocurrido alguna desgracia. Los pobres perros, que sólo querían retozar un rato, salieron también atemorizados por aquel ruido y no volvieron á entrar nunca.

BUEN EJEMPLO

En la gallina doméstica vemos uno de los mejores ejemplos de la buena madre. Cuando está llueca y se le ponen huevos para incubarlos, colócase sobre ellos y muéstrase infatigable hasta que saca los pollos. Después no los abandona mientras puedan necesitarla: guíalos en los primeros pasos de la vida, enséñalos á comer, los conduce á todos los rincones del corral, y, en una palabra, trátalos con la mayor solicitud, aunque también sabe aplicarles un correctivo cuando lo merecen.



MUFLÚ

(Continuación)

Deslizóle la tarjeta en la mano con una moneda de dos francos y se fué. Lolo, seguido de *Muflú*, fué corriendo á casa, y, mientras se encaramaba por la escalera, su muleta metía un ruido terrible al dar sobre los peldaños de piedra.

—¡Madre, madre!—gritó.—Mirad, mirad lo que me han dado porque *Muflú* ha hecho sus habilidades. Ahora ya podéis comprar zapatos, café, ropa blanca para Tasso y camisas para Sandro.

En las ideas de Lolo, dos francos eran como si dijéramos dos millones; eran un tesoro inagotable.

Por la tarde Lolo y *Muflú* bajaron á las arcadas de los Uffizi y al Lung'Arno para ir al hotel de la Gran Bretaña. Lolo enseñó la tarjeta del extranjero y le hicieron entrar en un gran cuarto donde había dorados, frescos y un mobiliario de terciopelo. Pero Lolo, en su calidad de florentinito, no se dejaba turbar nunca por las cosas exteriores: algo más que sofás y sillas hubiera sido menester para intimidarle. Púsose, pues, á mirar en torno suyo con la tranquilidad más completa, y *Muflú*, que demostraba siempre una gravedad senatorial, fuera de cuando hacía las habilidades, se sentó sosegadamente y miró á su alrededor con la más perfecta calma.



Buen ejemplo

El extranjero que Lolo había visto por la mañana entró casi al momento y le condujo á otro cuartito donde había un niño muy pálido, extendido en una silla-cama. Aquel niño podía tener unos siete años. La pobre criatura era heredero de un gran nombre y de una gran fortuna; pero toda la ciencia de los médicos no podía ponerle en estado de corretear con los demás niños y de respirar sin sufrimiento. Una débil sonrisa iluminó su fisonomía cuando vió á *Muflú* y Lolo; pero aquella sonrisa no hizo más que aparecer y desaparecer

—El pobre muchacho es cojo como yo,—dijo en una lengua que no comprendió Lolo.

—Sí,—respondió el caballero, que era el padre del enfermito;—pero ese muchacho es fuerte: puede ir y venir; y espero que el sol de este país os hará bien pronto tan fuerte como él. Ha traído un perro de aguas para divertirlos. ¡Qué hermoso perro! ¿Verdad?

El pobre enfermito extendió sus dos manos flacas hacia *Muflú*, que quiso permitirle acariciara su melena leonina.

Entonces Lolo comenzó la representación, y *Muflú* estuvo perfecto como siempre. El enfermito reía y lanzaba alegres gritos, gritos bien débiles, sin embargo; nunca se había divertido tanto. El dueño y el perro fueron agasajados con galletas y bizcochos, y se pusieron á comerlos con buen diente, sin hacerse de rogar. Cuando se levantaron para marcharse, el enfermito comenzó á agitarse y rompió en gritos y lamentos.

—¡Yo quiero el perro! ¡Yo quiero el perro!—repetía sin cesar.

Pero como no decía eso en italiano, Lolo no le comprendía: tan sólo estaba pesaroso por verle tan disgustado.

—Tendréis el perro mañana,—dijo el caballero á su niño para calmarle.—Apresuróse á hacer salir á Lolo y *Muflú*, y les dejó al cuidado de un criado después de haber deslizado cinco francos en la mano del cojito.

—¡Bravo, *Muflú*!—dijo Lolo con una risita de satisfacción.—Si encontramos un extranjero todos los días, podremos comer carne para cenar é ir al teatro cada noche.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca. 10. 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes. 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTISTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes. 365 á 371.—BARCELONA